

VIVENCIAS DE LAS COES

Hubo un tiempo nada lejano, en España y en otros sitios aproximados, en el que los hombres se sentían exigidos por su virilidad. Los amigos se hacían en los patios de los colegios a fuerza de puñetazos, y los chavales exhibían con orgullo las cicatrices. Un tiempo en que se veneraba a los padres, a los maestros, y a los mayores.

Por entonces el ejército era un lugar mítico, como las Montañas de la Luna antes de la llegada de Stanley. Era una de esas cosas que contaban los adultos en voz baja, para que los niños, que siempre escuchaban, no las oyesen. Un misterio, un Rubicón para iniciados. El ejército era tu primo macilento, que había sorteado trémulo y chavea y había vuelto encendiendo cerillas con la barba. Y era, para una gran legión, que el resto de tu juventud – tirando por lo bajo – se quedara ¡tantas veces! en una evocación de aquellos meses, convenientemente hiperbolizada por el aderezo del tiempo.

Hasta que la antiEspaña del consenso - aflorando toda la iniquidad, la vileza y el resentimiento sofocados durante décadas - comenzó a escupir su bilis, a nadie le había importado un carajo que el servicio de las armas irrumpiera en su formación académica, en su noviazgo, en su trabajo. Apenas sí hubo de entre los que vistieron la guerrera militar quien lo viviera como una tragedia, salvo quizá aquellos que llegaron ahitos de una emotividad condenada a transformar un mero inconveniente en insuperable psicodrama. Muchos años más tarde me decía un conmitón – que, como tantos, entró a filas rezongando y salió lagrimeando sobre la blanca - que una institución capaz de coreografiar en tres o cuatro segundos a una masa amorfa de jóvenes desorientados, bien merecía ser considerada la más alta expresión conocida de la civilización.

Y es que detrás de todo aquel antimilitarismo latía, en efecto, un propósito de apuntillar la civilización. El ejército - antes de travestirse en “fuerzas armadas” – constituía acaso la institución que mejor definía el principio de autoridad: porque la principal víctima del envilecimiento anárquico de la posmodernidad ha sido la autoridad. La figura del padre, del maestro, del militar, del sacerdote, del profesor: el uniforme, la sotana, la tarima, el trono y el altar. La ofensiva sin precedentes que se ha abatido sobre la masculinidad - y con ella sobre la nobleza, el combate, la camaradería ...- comenzó con el huracán contra la autoridad. Al final, la muerte de Dios se consumó en su versión capitalista, mientras las cañoneras del *libero mercato* extendían un manto de egoísmo que, ensañándose con nuestra patria, terminó por hacer de España una extraña de sí misma.

Los jóvenes desaparecieron del proscenio por la vía demográfica y por la de la tristeza, convertidas la abnegación, la fe y el sacrificio, en diana de las mofas de los cínicos: “os enterraremos a carcajadas” prometían los muros parisinos del 68. Los ecos de sus risotadas resuenan burlones, hoy, en nuestra agonía.

Antes de eso, el mundo de los jóvenes era como nos recuerda el autor de estas vivencias. El reto imposible, la intrepidez, la búsqueda de la belleza. La cortesía y la bravura, el valor y la educación, la obediencia y la rebeldía: la juventud. La mochila Altus, y los mandos y oficiales arrastrando el vientre por los pedregales, como los conscriptos, ni más ni menos.

El de las COES fue, eso sí, el servicio de una juventud quintaesenciada. Esa juventud – Juan Pablo II dixit - a la que si le pides poco no te da nada, pero a la que si le pides mucho te lo da todo. Pues en las COES, se daba todo. Y cuando se da todo, se siente en el alma el orgullo del servicio. Porque sólo en la entrega nos justificamos, y por eso hasta Dios vino al mundo a servir. No hay, no puede haber, ninguna cima hedonista más alta que el sacrificio: de ahí la tristeza de esa juventud que se hacina en las habitaciones compartidas de los arrabales urbanos, tugurios convertidos en su horizonte más probable, mientras se afanan en la satisfacción de sus últimas superfluidades.

Si frisa, en fin, usted el medio siglo – o si lo rebasa - las vivencias de nuestro admirado autor no le dejarán indiferente, y hasta le devolverán el aroma de un tiempo perdido, que no desperdiciado; y si es usted más joven, lamentará que esa envidiable añada suya no le haya cogido en época más feliz.

Y acaso entenderá que bien puede resumirse la vida, como recogían los hogares de la OJE en su frontispicio, en la joseantoniana sentencia: “Vale quien sirve”. Y, entonces, entenderá también por qué el soldado Valladares nos cuenta lo que aquí se recoge.